



Darío Lemos: "Mi alma no soporta los lugares"

Pedro Adrián Zuluaga

Periodista y Escritor, pedroadrianzuluaga@gmail.com

"El fin no importa desde el punto de vista de la lucha. Porque no llegar es también el cumplimiento de un destino".
Primer Manifiesto Nadaísta, Medellín, 1958

"Llegar a cero, ceremoniosamente"
Darío Lemos

El 10 de septiembre, día de la muerte del poeta Jaime Jaramillo Escobar (X-504), extraje de un cajón de cosas olvidadas unas líneas con las que, hace unos años, quise dibujar un perfil de otro poeta: Darío Lemos. Me habían servido de fuente para algunos apartados del libro *Qué es ser antioqueño* (que aquí se retoman transformados), en el cual le hice a Lemos un altar al lado de otros organismos deficientes que, con la muy consciente autodestrucción de su cuerpo, y el desperdicio y gasto de todos los dones recibidos o conquistados, contradecían esas tradiciones antioqueñas del ahorro o la fuerza y el vigor físico.

Llamé a esa pulsión economías a la inversa: Lemos, como otros poetas, artistas o pensadores que exhibieron altivamente su vulnerabilidad, fueron capaces de convertir una supuesta derrota vital en refinamiento, orgullo de estar solos y ser pobre. Era una especie de traición a la tradición. Así queda dicho en el poema de la Estancia primera (son cinco) del volumen *Sinfonías para máquina de escribir*, que publicó en 1985 el Instituto Colombiano de Cultura, en una edición que más adelanté comentaré:

Mi alma no soporta los lugares.
El paisaje es bello,

pero una cortina interna me ciega
y hace mi piel mil veces más pesada.
¿Seré yo el hundido de mi generación,
el que no mentiría por obtener el oro?
¡Ah! Yo mentiría por el oro
para poder regresar
y ver el paisaje
y quedarme dormido
sobre esos dos cuerpos.
¡Soledad, refréscame!

También convertí a Lemos en ejemplo (¡ay!, el que nunca quiso ser modelo de nada) de esos antioqueños que saltan por las ventanas de la opresora casa antioqueña, en busca de las experiencias del mundo más allá de la vigilancia paterna y el control familiar. Pero que, como lo muestra la organización de su libro de poemas en estancias, quizá viven siempre bajo la mortificación de una nostalgia por tener un lugar, o que –debido a su soledad y desamparo– quedan expuestos a ocupar la última pieza de otras casas, a volverse huéspedes andantes. En una crónica de Gisela Posada¹, publicada en el número 88 del periódico *Universo Centro*, la escritora y periodista reconstruye el lazo que la unió al poeta y su papel de aquella que da hospitalidad a quien la necesita:

En medio de las osadías escolares, un día que no tenía dónde dormir resolví llevármelo para mi casa en Manrique: la casa de mis padres donde vivíamos

siete personas. Lo cubrí con una cobija naranjada para el ingreso en su silla de ruedas por el corredor, como si estuviera entrando un electrodoméstico de segunda, y lo escondí en la última pieza, ubicada al lado del patio de ropas, lejos del corredor principal y de la circulación de los habitantes de la casa. Entre una hermana mía y yo le dimos lecho y comida, y hasta lo entretuvimos cantándole canciones de la nueva trova cubana. Estuvo allí por tres días hasta que mi mamá se dio cuenta y arremetió con su escándalo. Tuvimos que decirle que se trataba de un acto de caridad para ver si así lográbamos algo de compasión, pero el rumor de que Darío tenía tuberculosis pudo más que la fe. Hubo que salir con él de nuevo a la calle, sin techo ni refugio en la noche inminente.

Toda la paradoja vital de Darío Lemos parece condensar en este recuerdo de Posada. Su decisión consciente de llegar a cero, ceremoniosamente, y con ese gesto volver a ocupar –esa es la paradoja– un lugar ya no en las economías de la productividad sino en las de la caridad, ambas tan antioqueñas. Pero, en esa condición del desamparo, es que aparece otra noción de ganancia, el oro de la particular ética lemosiana: poder regresar / y ver el paisaje / y quedarme dormido.

Retrocedamos. ¿Por qué la muerte de un poeta me llevó de forma casi automática al recuerdo de otro? Lo más inmediato –que nunca hay que descartarlo– es el vínculo de ambos escritores con el Nadaísmo. Y también el hecho de que, tanto de X-504 como de Lemos, se dijera que representaban la pureza e integridad que el Nadaísmo como movimiento, o algunos de sus miembros, pronto sacrificaron en diversos altares. ¿Pureza, integridad, altares? En verdad el repertorio del Nadaísmo siempre estuvo contaminado de imaginaria religiosa.

Jaramillo Escobar sobrevivió por casi 35 años a Lemos, quien murió en 1987. Así que tuvo X-504 mucho tiempo para traicionarse, y traicionar a otros, y al parecer no lo hizo. Quizá la costumbre de andar desnudo por su casa, y de incluso recibir

a sus visitantes empelota, le hizo descreer de cualquier imperio, y de todo emperador. Decía pues², que el muerto más reciente revivió en mi memoria al más antiguo. No puedo decir que la parca los igualó. Tampoco tengo ahora el ahínco de juzgar si uno fue mejor poeta que otro. De Darío Lemos, a decir verdad, me interesa más su gesto que su poesía: "Mi obra es mi vida, lo demás son papeletos". Me fascina cómo todo en él está servido para el mito, y cómo este ha hecho de las suyas.

Nació Darío Lemos en 1942 en Jericó (Antioquia), pueblo cerril encajonado entre abismos y montañas

[...] como Amílkar U (Amílcar Osorio) – dice el propio poeta –, que hace poco se ahogó en una laguna donde nos llevaban cuando estábamos en el seminario, cuando estábamos niños... Y en Jericó también nació Manuel Mejía Vallejo, aunque a él no le guste haber nacido donde nació Darío Lemos, él prefiere haber nacido en Jardín. Debe ser por gordo y por eso no entrará en la puerta del cielo, porque la puerta del cielo es demasiado estrecha".³

Estaba, pues, madura su adolescencia cuando las grandes gestas del Nadaísmo: el Primer Manifiesto y la quema de ejemplares de *María* de Jorge Isaacs en el Parque Berrío (¿sucedió en realidad y fueron mil los quemados – de nuevo el fantasma del fanatismo religioso nos asedia –?); el pasquín contra el Encuentro de Escritores Católicos; y, cómo no, el acto sacrilego en la iglesia Metropolitana de Medellín, durante la clausura de la Gran Misión Católica que recorría por esos días el país, y en el que un comando de nadaístas comulgó y pisoteó las hostias en medio del furor de la feligrésía.⁴

Tampoco me interesa el Nadaísmo, hoy vapuleado con un ardor que merece mejores blancos, solo Darío Lemos, aunque de algún modo son indistinguibles como lo prueba aquello que el mismo poeta dijera, ampulosamente: "Mi obra es el

² Darío Lemos citado en Fabián Andrés y Paz Gómez. "Darioleemos. El poeta nadaísta que terminó bailando en una sola pata" (prólogo). En *El valle de la permanencia*. (Santiago: Editorial Mago, 2015).

³ Darío Lemos en "¿Qué hace hoy Darioleemos? 'Simplemente soportar a los hombres'". Entrevista de Álvaro Quiroga Cifuentes, *Memoria impresa. Antología del Magazin Dominical de El Espectador*. Vol.1. Compiladores: Claudia Antonia Arcila, Marisol Cano, Juan Manuel Roca (Medellín: Cooperativa Editorial Magisterio, El Espectador, Editorial Universidad de Antioquia, 1997), 241-242.

⁴ Juan Gustavo Cobo Borda en su ensayo "El escándalo nadaísta y otros poetas" dice que guardaron las hostias en un libro, mientras el historiador oficial de nadaísmo, léase Jotamario Arbeláez, corrige todas las versiones y habla del hecho casi como del accidente de una hostia que se le cayó a Darío Lemos, y que este después pisó, también por accidente, con el pie que años después sufrió de gangrena. Por último, en *Cartas a Aguirre (1953-1965)*, una compilación publicada en 2018 por la Universidad Eafit, el librero y editor Alberto Aguirre precisa más detalles, pero tanta erudición resulta, ¡ay!, muy extenuante, y es enemiga de las leyendas que necesitamos.

¹ Gisela Posada, "Una criatura extraña" en *Universo Centro*, número 88, julio de 2017.

Nadaísmo”⁵. Sus conmlitones, *sotto voce*, lo consideraban, por el contrario, un poeta menor frente a los grandes pilares del movimiento, como el ya mentado y ahora difunto Jaime Jaramillo Escobar, o el incombustible Jotamario Arbeláez. Lemos estaba destinado a ser comparsa, con su espléndida belleza de saco rojo exhibida a conciencia en la calle Junín y alrededores, sus 1,78 de estatura (frente a los 1,62 de Gonzalo Arango) y su disciplina para no desviarse del camino que lo llevaba a su autoaniquilación. Fue, en fin, lo que los otros nadaístas, por exceso de pudor, no pudieron: la agresión continuada del mal olor de las gangrenas, el vómito de las borracheras, el desperdicio sin culpa aparente.

Pasado el tiempo de las grandes gestas y con un Nadaísmo domesticado o camino a estarlo, vino para Lemos una suerte de restauración, *per angostam viam* presidencial, pues Belisario le sacó brillo y esplendor a mucho poeta amigo o referido (pobre Jorge Artel, medio confundido ante el engolado discurso del humanista de Amagá). En 1985, la División de Publicaciones del Instituto Colombiano de Cultura-Colcultura betancurista “sistematizó” la obra de Lemos y dio a las prensas *las Sinfonías para máquina de escribir*. Así, los lectores de la época tuvieron acceso a la obra –completa– del poeta que hasta entonces solo había sido publicado en antologías como *13 poetas nadaístas* de 1963 o en un cuadernillo publicado en 1981 a expensas de la Universidad de Antioquia y de Gustavo Zuluaga. El volumen de Colcultura, recopilado por Jotamario Arbeláez, es un mito como solo puede serlo otro volumen de otro poeta menor del Nadaísmo, *Vana Stanza* (primera edición en 1984, y reediciones en 1989 y 2001) de Amílcar Osorio, o como años después, desde su primera publicación en 1997, sería *Todas mis cosas en tus bolsillos* de Fernando Molano Vargas.

⁵ Quiroga Cifuentes, *¿Qué hace hoy Darío Lemos...*, 243.

⁶ En Chile, en 2015, Mago Editores publicó *El valle de la permanencia*. Este es el mismo título de la Estancia cuarta, que hace parte de *Sinfonías para máquina de escribir*, y Lemos quería que fuera el título de la reimpresión del libro publicado en 1985 por Colcultura. El libro chileno contiene, tal como se lee en el prólogo de Fabián Andrés y Paz Gómez, materiales complementarios a los que ya aparecen en *Sinfonías*: “otros poemas y cartas a su hijo Boris, a Luz Ángela (Angelita), a Sara y a sus amigos de generación (...), rescatados de audios y manuscritos dispersos del poeta, desde su primer escrito a los once años hasta su poema póstumo”.

⁷ Las tres citas son tomadas de una carta de Darío Lemos a Jotamario Arbeláez incluida en *Sinfonías para máquina de escribir* (Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1985).

⁸ Quiroga Cifuentes, 243

Por su carácter de obra única, las *Sinfonías* son una especie de acto de iniciación... Es una pieza cerrada que se agota en sí misma pues contiene una versión definitiva de Darío Lemos.⁶ Es el poeta en toda la desnudez de su miseria, que toca ese límite que no admite un más allá, ni deja intersticios fáciles por donde la crítica pueda penetrar. El libro se abre con el prólogo de Jotamario, albacea de Lemos y mentor-miembro activo del Nadaísmo, y se cierra con las cartas del propio poeta, que proponen la mixtificación de sí mismo, al siguiente tenor: “Continúo fielmente los pasos de Rimbaud”, o “Ya, querido J., andan los pintores haciéndome retratos”, o “Te brindo este dolor de gangrena, huelo a inyección por todas partes, soy Dios que está todavía en la tierra fumando y sufriendo para redimir al hombre”.⁷ (Lemos ha sido incluido, sin que medie justificación declarada del antologista, en selecciones como: *Doce poetas nadaístas de los últimos días*, *Poetas en Antioquia (1966-1826)* y *13 poetas nadaístas*. Esa inclusión, claro, ya supone una forma de crítica).

La publicación de *Sinfonías...* coincidió, entonces, con la coyuntura política del gobierno de Belisario Betancur, cuyos buenos oficios para incluir a ciertos poetas nadaístas en la nómina burocrática surtió el efecto de provocar una enorme fisura en el movimiento. “Belisario –dice Lemos– el presidente de ustedes no es tan mala personita, y al Nadaísmo, por ejemplo, y a Jotamario y a los otros amigos les ha servido para estar con los embajadores y ser bien atendidos. A Darío Lemos le ha servido para ser bien atendido en los hospitales mentales y en las cárceles”.⁸ Unos meses después de conocida esta diatriba (que coincide poco más o menos con la publicación de las *Sinfonías*), en el mismo *Magazín Dominical* donde se publicó la entrevista de Quiroga Cifuentes a Lemos, José Alberto Bolaños, en nombre de una nueva generación de poetas, emprende su “Pequeña contribución para acabar de sepultar al Nadaísmo” y considera que: “La última argucia nadaísta ha

sido desenterrar a Darío Lemos”.⁹ Lo anecdótico vuelve y gana la partida. Nadie emprendió la tarea de evaluar los valores poéticos del libro y se prefirió la lectura “política”, el juicio y condenación de un Nadaísmo “degradado” que jugaba la carta de su “ángel más puro” para echar una cortina de humo sobre la abyección a la que habían condescendido los miembros mayores del movimiento.

Años después, una vez muerto Darío Lemos y entregados otros nadaístas a la rutina y la repetición, una revista “extranjera” hace un intento

menos visceral por ubicar el campo de influencias del movimiento (me disculparán la largueza de la cita):

Acogiendo propuestas de las vanguardias artísticas – aún no asimiladas en Colombia y que ya fenecían en Europa, pero que resurgían en los Estados Unidos gracias a la generación “beat”–, los nadaístas trataron de introducir cambios en la poesía colombiana. Su posición inicial fue la de rechazar la tradición anterior, aunque en ellos es notable la influencia, por ejemplo, de León de Greiff (1895-1976), poeta antioqueño, uno de los más importantes poetas colombianos, especialmente por su

⁹ José Alberto Bolaños, “Pequeña contribución para acabar de sepultar al Nadaísmo”, *Memoria impresa. Antología del Magazín Dominical de El Espectador*, 257.





posición autónoma, contestataria, expresada en una obra de gran riqueza musical y creatividad léxica. Los nadaístas asumieron una actitud de abierta hostilidad contra la Iglesia Católica que ha ejercido, desde la Conquista, el dominio ideológico y estigmatizaron duramente a la intelectualidad burguesa representada en algunos círculos literarios, como la revista *Mito* (aunque luego aceptaron participar en el último número), y a los escritores que consideraban sustentadores de la cultura oficial desde los cargos burocráticos del Estado. Intentaron encontrar en el arte una vía de liberación universal. Desde un principio, el escándalo, el sarcasmo, la excentricidad y la bohemia fueron sus armas más eficaces contra lo establecido, lo cual los llevó en ocasiones a la cárcel.

Su filosofía recogía las propuestas del pensamiento de Nietzsche, en especial su vitalismo, el anticlericalismo de Fernando González, filósofo antioqueño a quien frecuentaba el grupo, y el existencialismo de Sartre. "Profesamos un existencialismo ateo", afirma el poeta Jotamario Arbeláez. En el terreno de la palabra trataron de acoger las propuestas de la vanguardia latinoamericana representada en grandes figuras como Huidobro, Vallejo y Neruda.

[...] Los nadaístas también fueron acogidos en otros países latinoamericanos como por el poeta argentino Miguel Grimberg del grupo Los Mufados, El Corno Emplumado, de México, El Techo de la Ballena, de Venezuela, y les bloussons noirs, de Francia.¹⁰

En ese mismo artículo, encriptado entre el fárrago de datos y referencias que aspiran a la exhaustividad, aparece este pequeño comentario de la obra de Lemos, como solía ocurrir, y como yo mismo reitero, inevitablemente asociada a su vida:

Dentro de una concepción fuerte de rechazo a la hipocresía oculta en los valores vigentes en su momento, el poeta Darío Lemos, agraciado con todas las virtudes del mundo, rechazó uno a uno los dones y privilegios recibidos por la naturaleza (belleza física, salud y talentos) para descender en la disciplina del desapego y el desprendimiento de sus haberes hasta quedar reducido físicamente a una silla de ruedas y hecho en un despojo humano. A voluntad; en un gesto estético casi sin parangón en la historia del arte y el pensamiento latinoamericanos y que plasma en su obra *Sinfonía -sic- para Máquina de Escribir* (Bogotá: 1997 - sic -).¹¹

Eso parece todo. Aunque no se puede descartar la ascendencia de Darío Lemos sobre la poesía y los poetas colombianos, son sus actitudes y elecciones vitales -y no sus versos- las que se han convertido en modelo de una contracultura que

¹⁰ Lilia Bernal, "El nadaísmo o la furia colombiana", *Revista El Jabalí*, n° 14, Consultada el 15 de septiembre de 2010, http://www.poesiaeljabali.com.ar/2cont14_nadaismo.htm

¹¹ Ibid.

¹² Pedro Adrián Zuluaga, *Qué es ser antioqueño* (Bogotá: Debate, 2020), 193-194.

en el ámbito colombiano tiene muy poco de donde echar mano. En la mitad de la década de 1980, dos poetas coincidían en Medellín y agitaban el pudor de un sitio que se llamó la Arteria, ubicado en la Avenida La Playa entre El Palo y Girardot. Eran Darío Lemos y Raúl Gómez Jattin. ¿Por qué estos dos niños terribles de la poesía colombiana escogieron a Medellín -el segundo de forma secundaria-, capital de la ética del trabajo, el ahorro y el esfuerzo para desperdiciar tan crudamente sus vidas?

Dije antes que me interesaba de Lemos más el gesto que su obra poética. Y hay que precisar esta afirmación en la que hay un rezago de torpe binarismo. La parte de su gesto que me conmueve es el intento de reimaginar la tradición y su rechazo a ciertas formas de la nostalgia antioqueña, regresivas y conservadoras. "Para mí no hay memoria ni nada memorable", le escuchamos decir en *Darío Lemos: un retrato*, documental realizado en la década de 1980 por la productora Tiempos Modernos; "pero yo espero un mañana, entre comillas, claro", agrega. En los textos a su hijo Boris, Lemos lo llama "el que todavía no ha nacido". A partir de esa invocación estructuré el final de *Qué es ser antioqueño*, que es una especie de grito a favor del devenir niño. Allí escribí:

El niño no representa entonces la nostalgia de un pasado perdido y su deseo de restauración, sino una pulsión de futuro. "No hablemos de ser padre, no hablemos de ser hijo", le escribe Lemos a Jotamario Arbeláez, con una urgente necesidad de reinventar los afectos para borrar de ellos la sombra de la autoridad y la sucesión, e invocar, en cambio, la solidaridad y la presencia.¹²

En esa casa por inventar ya no habría arrimados o bastardos, ni esas últimas piezas destinadas a los proscritos. En vez de la caridad con su arrogancia, quizá podría nacer una ética de la fragilidad en la que aceptáramos nuestra vulnerabilidad común. No me gusta la palabra profeta por su eco mesiánico, pero creo que Darío Lemos lo fue. Un místico que pagó con suplicios el acceso a esa verdad última: todos estamos en la calle, "sin techo ni refugio en la noche inminente". Puede que, más que la fuente de nuestro horror, sea la puerta hacia lo bello y lo bueno. ■

